



13 de febrero de 2022

VI Domingo del Tiempo Ordinario



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Jeremías 17, 5-8 Maldito quien confía en el hombre, bendito quien confía en el Señor.

El texto del profeta Jeremías se enmarca en lo que se conoce como los oráculos pertenecientes a la época de Joaquín, reino caracterizado entre muchas realidades por la vivencia de una piedad superficial, en la que se aprecia la idolatría y se ve la inminente realidad del exilio. El profeta apela a las máximas de sabiduría que en este pasaje aparecen señaladas en dos términos opuestos: malditos y benditos. La primera expresión, malditos, hace referencia directa a la expresión de un pueblo que se ha apartado de la presencia de Dios, quien nunca ha dejado de ser compañero de camino, jamás los ha dejado solos, animándolos a seguir viviendo una piedad sincera, encaminándolos hacia el reino. Pero, ¿qué ha hecho el pueblo?, ¿cuál ha sido la respuesta? Ha puesto su confianza en sí mismo, ha dejado de oír la voz de Dios y ha mirado hacia otros lugares asumiendo otras experiencias de fe. El poner la confianza en los hombres de ninguna manera se expresa como un acto que no se deba hacer, se debe confiar en los demás, tener fe en la palabra y en los actos de quienes se acercan. En contraposición, los llamados benditos son todos aquellos que han puesto su confianza en Dios. Señalando estas dos expresiones, malditos y benditos, el profeta apela a una metáfora en la que muestra que, quién deposita su confianza en los hombres olvidando a Dios, es como una planta silvestre en medio de un desierto, sin flores, que no produce fruto y que terminará muriendo por la falta de nutrientes. Por el contrario, el comportamiento de aquellos que son señalados como benditos se caracterizan por expresar una profunda confianza en el Señor, puesto que son como aquel árbol plantado en un jardín dónde beben del torrente gozando

de la seguridad, donde esperanzados y confiados en Dios dan el mejor fruto y fruto en abundancia. Surgen así las expresiones de sabiduría que invitan a recapacitar en el lugar que se le ha dado a Dios y en la confianza que se tiene en Él. Así es el hombre que espera y aquellos a quienes predica Jeremías invitándolos a ser fieles, perseverantes y a nunca dejar de confiar en el Dios que no los abandona.

Salmo 1 "Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor".

El texto del profeta Jeremías que se ha proclamado en la primera lectura apela al uso de una metáfora en la que se muestran dos lugares: un desierto y un jardín y dos plantas, una planta silvestre y un árbol frondoso. La planta silvestre terminará muriendo por la falta de nutrientes y por el calor abrasador, el cual no deja que dé fruto, que dé flor y le roba la vida. Luego se muestra la figura de un árbol frondoso plantado en medio del jardín al borde de la acequia que da fruto a su tiempo, un fruto comestible pues está sembrada en un lugar de vida y no de muerte. Es así, desde esta hermosa metáfora, como el salmista describe al hombre que pone su confianza en el Señor y que es identificado con la expresión bienaventurado, pues es aquel que no oye los consejos de los necios, sino que se encamina por un camino de rectitud; quien siempre está atento a escuchar, seguir y vivir la ley del Señor; ese es quién, como un árbol plantado al borde del manantial, produce buenos frutos, a diferencia de quienes ponen su confianza en sus propias seguridades y que serán como paja arrebatada por el viento, recorriendo una senda que les roba la dicha, les hace infelices y los aparta de Dios.

1 Corintios 15,12-20. Sí Cristo no ha resucitado vana sería nuestra fe.

El panorama que describe esta primera carta que Pablo dirige a la comunidad de Corinto, se caracteriza por mostrar una fuerte contraposición entre lo que Pablo ha predicado y lo que algunos miembros de la comunidad expresan que, además, se dicen ser fieles creyentes. Mientras Pablo anuncia la experiencia de la resurrección, señalando el rostro de Cristo vencedor de la muerte, vivo y resucitado, ellos ponen en tela de juicio no tanto la predicación de Paulo, a quien se ve claramente que escuchan y aceptan en la comunidad, sino la misma realidad de la resurrección de Cristo en quien se ha puesto la confianza y la fe. Esta manera de pensar deja entrever una profunda discrepancia entorno a la fe, pues parece que quienes niegan la resurrección no han comprendido que el fruto de la resurrección del Señor es la espera gozosa de la propia esperanza en el resucitar, puesto que si Cristo no ha resucitado vana sería la fe. Pablo motiva a comprender el mensaje de salvación invitando a que se recapacite en que si no se valora la resurrección del Señor la fe será una experiencia estéril, una planta silvestre sin fruto. Apela el apóstol a la memoria de los creyentes que murieron confiados y esperando en la resurrección para argumentar que confiaron y que no serán en el sepulcro un montón de huesos que no van a resucitar. Más que presentar solamente argumentos, Pablo insta a asumir una experiencia de fe, llevando a que se comprenda que la

primacía y el fruto que aguarda aquellos quienes creen y ponen su confianza en el resucitado, es ser llamados dichosos y encontrar el sentido de la vida caminando siempre hacia el reino. Tanto lo que expone Pablo, como lo que argumentan quienes difieren, necesita ser asumido desde la confianza, que debe estar siempre puesta en el Señor. El genuino encuentro con el resucitado lleva a que se crea y se espere, pues solo así la fe llevará a que el creyente sea dichoso.

Lucas 6,17.20-26 "Bienaventurados los pobres y ay de ustedes los ricos".

El evangelista Lucas enmarca el episodio que se narra en este texto en el comienzo del llamado Sermón de la Llanura, que sigue al llamamiento que el Señor ha hecho a sus discípulos para ser parte integral de la comunidad de los apóstoles. La llanura se transforma en el lugar en el que aquellos que han sido llamados comienzan su formación y su crecimiento espiritual, especialmente en la experiencia de la fe y en la confianza que el Señor deposita en los que han sido invitados a seguirle, pues es claro que no son ellos quienes lo han elegido a él, sino que es él quien los ha llamado. En la llanura se aprecia un panorama en el que se descubre el dolor, la enfermedad, la necesidad, la desesperanza de cuantos han venido, unos de pueblos cercanos o lejanos y que esperan que el encuentro que se propicie con Jesús produzca los mejores frutos de sanación y de salvación o la confrontación con su propia fe y su propia esperanza. Ante esta realidad, la enseñanza de Jesús contrapone dos realidades, por un lado, aquellos que serán llamados dichosos o bienaventurados frente a la queja, el lamento y el reclamo, señalado con la expresión “ay”. A diferencia del Evangelio de san Mateo, dónde aparecen ocho bienaventuranzas, Lucas presenta solo cuatro, dejando entrever la importancia del discurso y la enseñanza que se va a impartir. Se define a los dichosos desde las circunstancias que asumen y viven: unos porque son pobres, otros porque pasan hambre, unos porque lloran y otros porque son perseguidos a causa de la fe. Si hay algo claro es que todos reciben su recompensa porque han confiado, creído y esperado. El pobre será heredero del Reino, quién ha sufrido el hambre será saciado, quién ha atravesado por el sufrimiento y el llanto a causa de sus múltiples situaciones vivirá el gozo, quien ha sido perseguido recibirá el Reino, porque ha confiado y ha esperado en el Señor. En oposición a las bienaventuranzas se señalan cuatro quejas o lamentos dirigidos a aquellos que no tienen hambre, aquellos que han puesto su esperanza en sí mismos y se sienten plenos, satisfechos, realizados, identificados como ricos, no por los bienes que han adquirido sino porque se sienten realizados y plenos, circunstancias que los han llevado a alejarse de Dios, pasando a ser ellos ahora los necesitados, quienes atravesarán la experiencia del duelo y el llanto.

Desde estas perspectivas, este texto del Evangelio es una invitación a ser bienaventurados, a poseer el Reino, a llenar el corazón de fe y esperanza, a sentir que la riqueza mayor es aquella que da el tener a Dios como centro de la vida y en caminar hacia la salvación. Reflexionar en torno a estas realidades, de dicha y bienaventuranza versus lamento y queja, es también la gran posibilidad y la profunda oportunidad de sopesar la vida de la fe y el camino recorrido, acrecentando y madurando la experiencia que cada día hagan del creyente un mejor hermano, mejor persona y mejor cristiano.

Quizá hoy en esa llanura se contemplen los mismos rostros marcados por experiencias difíciles de dolor, de enfermedad, de sufrimiento, pero si hay algo que no se puede dejar de contemplar y escuchar es la invitación a ser herederos del Reino. Vale la pena confrontar la bienaventuranza con las quejas que se contraponen en el texto, pues esto permitirá también procurar un minucioso examen de conciencia en el que se revise la vida y se comprenda que hoy el dichoso y bienaventurado es quien pone su confianza en su Señor.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

- Contextualizar la celebración que invita a vivir la Arquidiócesis en torno a la Jornada Mundial del Enfermo, por lo que se debe profundizar en lo que significa el enfermo y la enfermedad en la vida de la Iglesia, especialmente nuestra Iglesia particular.
- Procurar, desde la primera lectura, encaminar la experiencia de la fe y la confianza a una profunda experiencia en el Señor como dos pasos fundamentales ante la realidad de la adversidad y de la enfermedad, pues seremos benditos si vamos recorriendo junto a Él el camino que conduce a la salvación.
- Señalar que la dicha de poner la confianza en el Señor debe producir verdaderos frutos que ayuden a entender y a vivir la realidad que rodea el creyente, aquel que siempre espera y quién se muestra vulnerable y necesitado.
- Hacer memoria del fundamento de la fe que está puesto en la experiencia de un Cristo vivo, resucitado, sopesando cómo ciertos actos de muerte roban la esperanza.
- Abarcar el episodio del llamamiento de los discípulos como un acto de servicio ante aquellos que en la llanura sufren o están enfermos, indicando con esto que el ser bienaventurados o dichoso son los alicientes y la medicina que necesita el corazón que espera, confía y cree.

III. SUBSIDIO LITÚRGICO

(Tomado del Triduo para la Jornada Mundial del Enfermo)

MONICIÓN INICIAL

Hermanos y hermanas: hemos sido convocados hoy a esta Santa Eucaristía en la Jornada Mundial del Enfermo, instituida hace 30 años por el Papa San Juan Pablo II, y en éste año 2022 bajo el lema: **“SEAN MISERICORDIOSOS, ASÍ COMO EL PADRE DE USTEDES ES MISERICORDIOSO”**, para reiterar el compromiso de “orar sin cesar” por quienes sufren, atendiendo el mandato del Señor de “predicar el Evangelio y curar a los enfermos”, pidiendo que pase su mano sanadora, sean consolados, fortalecidos y tengan una fuerte esperanza en la misericordia de nuestro Dios y por quienes los acompañan, asisten y socorren, contando con la intercesión de Nuestra Señora de Lourdes.

Con fe y devoción, celebremos unidos.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

En la primera lectura el profeta Jeremías nos instruye en el bien que representa poner toda nuestra confianza en Dios: semejantes a árboles inalterables, de fuertes raíces y frutos abundantes. Y aún en la adversidad, su fe y confianza lo mantienen firme.

En la lectura de la Carta a los Corintios, Pablo nos pone de presente que si no tenemos certeza en la resurrección todo sería vano: la vida, la fe, la esperanza. Todo sería un sinsentido.

En el Evangelio el Señor nos enseña cómo nuestros sufrimientos terrenales no pasan desapercibidos para Dios y que recibiremos el consuelo que nos hará verdaderamente dichosos, nos hará “saltar de gozo, pues la recompensa será grande en el Cielo”.

ORACIÓN DE FIELES

Presidente Dirijámonos, con nuestra oración confiada, al Dios compasivo y misericordioso.

R/. ESCÚCHANOS, SEÑOR.

1. Por La Iglesia, que siempre esté presente donde haya un enfermo, sobre todo los más necesitados por la gravedad de su enfermedad, su dolor, abandono o desesperanza.
2. Por los gobernantes, que cada día sean más humanos y sensibles al sufrimiento y legislen de acuerdo a ello.
3. Por todos los que celebramos esta Eucaristía, que al compartir tu mesa nos sintamos más unidos a Cristo y a nuestros hermanos enfermos.
4. Por los agentes sanitarios, que realicen su labor con amor y competencia que trascienda los límites de la profesión para convertirse en una misión y que sus manos, que tocan la carne sufriente de Cristo, sean signo de las manos misericordiosas del Padre.
5. Por los centros de asistencia sanitaria, que verdaderamente sean casas de misericordia, “posadas del buen samaritano”.
6. Por todos los enfermos, especialmente los más pobres, que tengan la posibilidad de recibir el tratamiento, atención y medicamentos adecuados a su enfermedad.
7. Por los enfermos creyentes que están pensando en la eutanasia, que logren comprender el valor redentor del sufrimiento ofrecido a Dios por su familia y por ellos mismos.
8. Por todos los creyentes, que antes de morir tengan la posibilidad de recibir los sacramentos para su consuelo y fortaleza espiritual.

Presidente Escucha, Padre de bondad, nuestra oración y concede a los enfermos, por quienes estamos orando, que recuperen su salud para que te glorifiquen y den testimonio de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN FINAL

(Antes de la bendición)

Señor, Dios de todo consuelo,
Padre rico en misericordia:
tú conoces nuestras necesidades
y estás presente en nuestros sufrimientos.
Te pedimos nos concedas
el don de la caridad
para amarte en nuestros sufrimientos
y servirte en nuestros hermanos enfermos.
Amén.